

Domingo de Corpus Christi

Deuteronomio 8, 2-3. 14b-16a; 1 Corintios 10, 16-17; Juan 6, 51-58

«*Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida*»

26 Junio 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo, el que coma de este pan, vivirá para siempre.»

El otro día pensaba en las obsesiones que tantas veces tenemos. La verdad es que todos tenemos alguna obsesión que no llega a ser catalogada como enfermedad. Clínicamente se habla de trastornos obsesivos compulsivos, conocidos como TOC, y son catalogados como trastornos pertenecientes al grupo de los desórdenes de ansiedad. Miramos nuestra vida y nos damos cuenta de la realidad, hay cosas que nos obsesionan y pueden llegar a quitarnos la paz si no las poseemos o las hacemos. Estas obsesiones no son malas en sí mismas mientras no alteren nuestra conducta y perturben nuestras relaciones. No las rechazamos por ser pecaminosas, sólo queremos superarlas cuando nos bloquean y no nos dejan amar de verdad. Lo importante es tener claro que hay obsesiones que no nos ayudan y otras que sí pueden hacernos avanzar. Un hombre rezaba hace poco: «Dios me ha quitado de la cabeza todas las obsesiones que tenía antes, y como sabe que soy obsesivo, sólo me ha dejado una: mi mujer y mis hijos». Ser obsesivos con aquello que le da sentido a nuestra vida y a nuestra vocación puede ser bueno. Lo malo es cuando lo que nos obsesiona nos aparta de nuestras metas y nos quita la paz. **Pensaba que no es fácil quitarnos las obsesiones no deseadas si no es Dios el que lo hace. Solos no podemos.**

La obsesión se puede convertir en esa idea, inquietud o deseo ante el cual posponemos todo lo demás. El otro día una persona me decía: «El que toma una opción radical con algo con el fin de hacerlo todos los días, sabe que en el fondo está poniendo ese objetivo por encima de todos los demás. Porque siempre habrá algo a lo que tendrá que renunciar para hacer lo que persigue». Así es en nuestra vida. Es importante clarificar entonces cuáles son nuestras obsesiones y ver si son buenas o no tanto. Valorar si es importante darles tanto valor o tal vez menos en nuestro día. Incluso alguno puede tener una obsesión con la oración. Y todos podríamos pensar que es muy valioso. Es cierto, ojalá muchos cristianos estuvieran obsesionados por Cristo, por vivir la eucaristía todos los días, por rezar a todas horas, por estar con María sin pausa. Todo iría mucho mejor. Sin embargo, obsesiones en sí mismas buenas pueden perturbar otras prioridades en nuestra vida, como cuidar la familia que Dios nos ha confiado, o estudiar, o dedicar más tiempo al trabajo, o cuidar a las personas que ha puesto Dios en nuestras manos. Hoy queremos preguntarnos qué obsesiones llegan a quitarnos la paz y hacen que no haya orden en nuestro corazón. Hoy queremos preguntarnos si realmente nuestro amor por Dios llena nuestro corazón o hay otros muchos amores que relegan a Dios a un segundo plano en nuestro día. **Queremos poner a Dios en el centro y hacer de ese amor motor de todo lo que hacemos.**

Este domingo del Corpus Christi es conocido como domingo de la caridad. Es el domingo del amor de Dios que se ha quedado con nosotros y nos ama hasta dar la vida por nosotros. Nos quiere tanto que se queda en su cuerpo y su sangre para penetrar nuestro ser. Se nos olvida con frecuencia la intensidad del amor de Dios. Nos ama con locura y nos quiere enseñar a amar. En el sacramento de la eucaristía nos muestra un camino de vida. Hoy queremos vivir la eucaristía de forma muy especial. Queremos

tomarnos en serio cada paso, cada momento. El Señor había esperado con ansia celebrar su última Cena con sus discípulos. Porque los amaba mucho, porque le dolía la separación y porque no quería alejarse de ellos para siempre. Es verdad que Dios está en todas partes, que viene cada día para cada día, que se manifiesta a través de aquellos que le aman y que en los acontecimientos nos deja su Palabra. Pero también es cierto que hay un camino privilegiado que nos ha dejado como legado: «*Haced esto en memoria mía*». Es un legado muy concreto y preciso. Haced lo que yo hago, vivid como yo vivo y haced que vuestra vida sea siempre una eucaristía. Que nuestra verdadera obsesión sea hacer visible el rostro de Dios. Decía Benedicto XVI: «*Una sociedad que excluye a Dios de una manera consciente y lo relega por completo lo privado. Se autodestruye. Por eso los cristianos sólo tienen la obligación frente al mundo de dar fe de Dios y así mantener los valores y verdades sin los cuales a la larga no puede existir convivencia humana soportable*».¹ Estamos llamados a dar testimonio de la fe en la presencia real de Cristo en medio de nosotros, en su Cuerpo y en su sangre. Muchas personas no conocen a Dios, no lo encuentran en el mundo, **no creen que pueda estar presente en un trozo de pan y en un poco de vino. Somos sus testigos.**

En realidad, el hombre de hoy no cree en el amor de Dios. No logra entender a un Dios Padre que permite el mal, que tolera las injusticias y acepta la muerte de inocentes. No acepta el dolor y la cruz. ¡Cómo compaginar un amor paternal con todas las injusticias que suceden cada día! Aparece como un Dios ausente y su ausencia provoca el desprecio del hombre, que sólo se adhiere a aquello que ve. Además hemos logrado que la eucaristía haya dejado de ser el sacramento del amor más puro para ser una celebración rígida y con poca vida. Se ha convertido casi en una simple obligación dominical muy poco interesante. En el fondo de su corazón el hombre necesita ver a Dios para que la vida que arrastra cobre sentido. Pero no lo ve en un trozo de pan. No lo ve en los testimonios de infidelidad. No lo ve cuando no somos capaces de amar nosotros con el amor de Cristo. En la película «*cartas a Dios*» el protagonista, un niño enfermo de cáncer le escribe cartas a Dios. Es su forma de rezar. Pero quiere saber si Dios las lee, quiere verlo. Una cosa le pedía con especial insistencia: «*Lo que más me gustaría es que mi mamá sonriera*». Un día, cuando ve sonreír a su madre, dice: «*Ahora sé que me escuchas porque has hecho reír a mi madre*». **El amor se ve, se palpa en lo sencillo y comenzamos a creer**

Si no vemos a Cristo, es difícil mantenernos firmes en nuestra fe durante el camino. Me recuerda todo esto a algo que leía. Una persona escribía sobre la caza del zorro, en la que se suelta una jauría numerosa de perros para perseguir a un zorro. La cacería se prolonga, los perros se van cansando, se van descolgando. Al final, sólo unos pocos perros son los que alcanzan al zorro. Uno se pregunta: ¿por qué estos perros han resistido más que los que han abandonado? ¿Eran más jóvenes? ¿Estaban mejor alimentados? La respuesta es otra: Esos perros han alcanzado al zorro porque lo habían visto al principio; los demás no habían llegado a verlo. La jauría corría porque veía correr, ladraba porque oía ladrar, saltaba porque saltaban los demás. Pero conforme se alarga la carrera, se van cansando. Algo así puede pasar en la vida cristiana cuando seguimos corriendo sin haber visto a Cristo. Queremos ver a Cristo. La fe es adhesión a una persona, no a un conjunto de creencias. Hemos reducido nuestra fe a una moral, a un manual de conductas. Pero la fe pasa por el corazón, no se queda en la cabeza. Por eso Cristo quiso quedarse de forma visible y tangible, en el pan y en el vino, en su Cuerpo y en su Sangre. Porque nos quiere recordar lo más importante, que su amor nos busca y nos necesita. Cada vez que participamos en la Eucaristía nos acercamos al misterio de su amor. Cada vez que recibimos el amor hecho pan y vino nos hacemos más semejantes a Cristo que se entregó por entero. **Queremos ver a Cristo, eso nos mantendrá corriendo.**

¹ Benedicto VI, “Nadar contra corriente”, 83

Hace poco me tocó darles la primera comunión a unos niños. Les preguntaba si al recibirla iba a cambiar su vida radicalmente. Les pedía que me dijeran si a partir del momento en que pudieran comulgar ya no iban a desobedecer nunca más a sus padres, no iban a ser perezosos ni egoístas, no iban a cometer ningún pecado. Todos me miraban sorprendidos, porque pensaban que eso era imposible, porque no se trata de magia. Ellos mismos parecían dudar de la eficacia de la Comunión. Les pregunté entonces si sus padres, que llevaban ya muchos años recibiendo a Jesús, habían llegado a ser santos ya o todavía estaban en camino. Alguno respondió que sí, otros que no. Lo que le quedó claro a uno de los niños es lo que le dijo a su madre: *«Tengo que esforzarme por ser santo»*. Cuando uno comulga no cambia radicalmente de vida. Los cambios son lentos. Sin embargo, recibir a Jesús cada día, comer su carne y beber su sangre, nos van haciendo más como Él. Y es que Jesús quiso quedarse en un alimento humilde y sencillo para que lo importante quedara oculto a los ojos de los hombres. Bajo una apariencia despreciable, porque el pan y el vino no manifiestan el poder del hombre, se quiso hacer cercano a todos. Se hizo hombre y vivió como uno de tantos. Su cuerpo y su sangre nos invitan a buscarlo con toda nuestra fuerza, con el anhelo de cambiar de vida. **Queremos recibirlo en nuestro interior, notar su presencia y pedirle que nos asemeje a Él.**

La Eucaristía nos va asemejando cada vez más a aquel a quien seguimos. Quisiera profundizar ahora en algunos de los dones que se nos regalan y que pueden ser una ayuda en nuestra reflexión de hoy. En primer lugar **la Eucaristía es expresión del amor de Cristo por nosotros.** Tanto nos amó que estuvo dispuesto a dar su vida por amor al hombre. Su vida sólo tenía valor en la entrega, igual que la nuestra, aunque se nos olvida. La Eucaristía es expresión de un amor más grande. Un Dios que se resiste a abandonar al hijo que ha creado. El amor de Dios es mucho más real de lo que a veces percibimos. Es un amor que se dona, que se parte y se entrega sin guardarse nada. La experiencia de ese amor en nuestra vida es la que nos permitiría unirnos a las palabras que hace unos días expresaba una persona: *«Tengo que agradecer muchísimo a Dios la gracia de vivir mi discapacidad como si no fuera conmigo, la gracia de que no sólo no me afecte sino que me haga feliz. Feliz de sentirme pequeño y mimado también por Dios. Feliz de sentirme comprendido por un Dios hecho hombre que sufrió en la cruz y fuera de la cruz por el mal. Pero sobre todo este Dios me anima a olvidarme de todo, dejarlo todo y abandonarme en sus brazos»*. Nos sentimos pequeños ante ese amor tan grande, ante esa entrega por nosotros de forma personal, ante ese Dios que se hace pequeño; nos sentimos frágiles y necesitados de su presencia. Su amor nos invita a abandonarnos y confiar. **La eucaristía nos enseña a vivir abrazados a la cruz donde Dios abre su costado para dar de beber al mundo.**

La eucaristía es una escuela para el amor. Tenemos que aprender a amar, porque realmente no sabemos. Amamos, pero no somos capaces de amar bien, con libertad, amar en el sufrimiento y en el sacrificio, dando la vida. El P. Kentenich nos hablaba de la enfermedad que toca el corazón del hombre moderno, por la cual es incapaz de amar bien: *«Quien en su vida, sobre todo en su infancia y años de desarrollo, ha tenido que sufrir gran carencia de amor y hambre de amor, normalmente permanece enfermo a lo largo de toda su vida en cuanto a su capacidad de amar. Por eso, con razón se habla hoy día en todas partes de la dificultad, de la debilidad o de la incapacidad de contacto del hombre moderno»*². Cuando no hemos recibido el amor necesario. Cuando las heridas nos han dejado rotos, no somos capaces de amar bien y no queremos de verdad. Entonces el amor se juega en las apetencias. Medimos las cosas que se nos presentan y valoramos si nos apetece o no hacerlas. Corremos así el riesgo de acostumbrarnos a esta forma de ver la vida y las relaciones. Un amor así entendido no sabe de sufrimientos y se cansa y desiste cuando falta la apetencia. Para un amor inmaduro el sacrificio no es relevante y cuando surge puede llegar a ser un

² J. Kentenich, “¿Cuál es mi filosofía de educación?”, 38

obstáculo para su crecimiento. Lo cierto, sin embargo, es que todo amor lleva consigo sufrimiento y sacrificio. El amor de la eucaristía es el amor que sufrió el dolor y el abandono. Es la mesa del altar donde se ofrece el sacrificio. Es el amor ignorado y rechazado. Por eso la eucaristía nos enseña a amar, porque nos recuerda que Dios tiene que estar en el centro de todo amor, que sin su presencia sanadora no es posible amar a nadie hasta que nos duela, hasta dar la vida. La eucaristía es el camino para aprender. Valoramos la importancia de la misericordia de Dios, recibimos la luz de su Palabra, ofrecemos nuestra vida, debilidades y miserias y recibimos un amor más grande que se entrega por nosotros. **En la comunión del pan partido se nos da su amor.**

La eucaristía nos confronta con nuestra propia identidad. Leía el otro día que *«la persona a la que Dios ama con cariño de un Padre que quiere salir a su encuentro y transformar por amor, no es la que mi me gustaría ser o la que debería ser; es sencillamente la que soy»*³. En el fuego de la eucaristía nos confrontamos con nuestros límites y comprendemos realmente quiénes somos. En la eucaristía, ante el pan partido, no tenemos nada que esconder. Somos lo que somos. Nuestra ofrenda es sólo pan y vino, no tenemos grandes tesoros, grandes razones para ser amados. Somos amados sólo por ser creaturas, por haber sido creados. Decía Thomas Merton: *«Ser santo significa ser uno mismo»*. Es lo que Cristo quiere, que nos demos tal y como somos, que nos aceptemos y que dejemos que Él pueda hacer la obra de arte en nuestra vida. Decía el P. Kentenich: *«Debemos esforzarnos por desarrollar nuestra originalidad, pero también, al mismo tiempo, por estar suficientemente abiertos para otros modos de ser»*⁴. Cuando más tranquilos estamos con nuestra forma de ser, con nuestro carisma, más fácil nos resulta aceptar a otros. La originalidad asumida nos capacita para entender las diferencias. **Si nos aceptamos en nuestra belleza real, podremos ser instrumentos dóciles en las manos de Dios y Cristo podrá hacerse carne en nosotros.**

La eucaristía es comunión. Es un amor que nos une en una misión compartida. Así lo escuchamos en la Segunda Lectura: *«El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan»*. 1 Corintios 10, 16-17. Al participar de un mismo pan y un mismo cáliz nos hacemos un solo cuerpo que viven en Dios. En la Eucaristía nos unimos con todos los que participan de un mismo pan, de una misma fe. La eucaristía nos hace más conscientes de algo fundamental: no estamos solos. Caminamos como Iglesia. Cristo no es comprensible sin Iglesia. La Iglesia nace del costado abierto de Cristo. Una comunidad santa y pecadora que se abraza en torno al pan que se entrega, en la carne que es alimento de vida. Esa comunión es un misterio y una gracia que tenemos que suplicar. **En el «mirad cómo se aman» se manifiesta la unidad de la Iglesia en la fuerza del Espíritu.**

La eucaristía es ayuda y consuelo para las dificultades del camino. La primera lectura nos muestra el sentido de las dificultades: *« Moisés habló al pueblo, diciendo: -el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto; para afligirte, para ponerte a prueba y conocer tus intenciones: si guardas sus preceptos o no. Él te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres, para enseñarte que no sólo vive el hombre de pan, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios. No te olvides del Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto, de la esclavitud, que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con dragones y alacranes, un sequedal sin una gota de agua, que sacó agua para ti de una roca de pedernal; que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres»*. Deuteronomio 8, 2-3, 14b-16ª. Y acaba recordándonos que el amor de nuestro Dios es el motivo para vivir agradecidos. Es el Dios que nos salvó en grandes necesidades y

³ Jacques Philip, “Libertad interior”

⁴ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, H. King, 216

nos rescató con mano fuerte. Su mano está detrás de cada acontecimiento. Muchas de las cruces no son comprensibles aquí en la tierra. Sólo la fe y la confianza nos permiten seguir caminando sin dudar. **Y el amor a ese Dios que nos ha amado primero.**

La eucaristía nos da la vida verdadera. Lo decía Jesús: *«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo. Disputaban los judíos: -¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Entonces Jesús les dijo: -Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí; el que come este pan vivirá para siempre».* Juan 6, 51-58. Así como el agua que nos da Jesús sacia la sed para siempre, su alimento nos da la vida verdadera. La eucaristía debería ser nuestro alimento diario. Si comulgamos, si participamos en el misterio de amor de la eucaristía, nos asemejamos más a Cristo. Una persona me decía: *«Nunca había creído de verdad que el Señor libera de sus angustias a los justos, que aunque no me conceda exactamente lo que le pido, sí me da paz, me da gracia y serenidad para vivir mi vida con alegría; si le dejo me dará valentía, paciencia, respuestas».* La eucaristía nos da una vida que nosotros no tenemos. Nos capacita para la vida, porque nuestra vida es caduca y la eucaristía nos permite asomarnos por un momento al balcón de la vida verdadera, la vida que no tiene fin, la eternidad que sueña el corazón. **La eucaristía nos libera de toda inquietud presente que nos provoca ansiedad.**

La eucaristía es misión en medio del mundo. Porque al recibir a Cristo en la eucaristía se manifiesta en nuestra vida el amor de Dios y somos nosotros capaces de amar a otros con nuestra vida rota. Leía algo que me evoca lo que sucede en cada eucaristía: *«Somos como nubes que absorben agua para repartirla. Y nosotros mismos recibimos esa agua que generamos y que nos llega desde lo alto, desde lo más elevado de nosotros mismos, desde el corazón. Entonces, éste se abre henchido de cariño, tanto del que damos como del que recibimos»*⁵. Recibimos el amor de Dios y nos sentimos llamados a entregarlo. El corazón se llena de una vida nueva, la vida de Dios. No lo notamos, pero algo va cambiando en nuestro interior. Es el misterio de la vida que recibimos al comer el cuerpo y la sangre de Cristo. Y entonces nos partimos con Cristo, en Cristo. Nos hacemos pan para que otros reciban la vida verdadera, para que muchos puedan conocer el misterio escondido bajo formas que aparentemente no hablan del más allá. **Nos hacemos eucaristía al dar nuestro amor.**

La eucaristía es lugar de silencio y oración, espacio de paz y misericordia de Dios por el hombre. Nos evoca ese pequeño cenáculo en el que los suyos compartían todo con el Señor y recibían sus palabras como vida nueva. Nos recuerda ese cenáculo de Pentecostés en el que hombres débiles eran transformados en el Espíritu. María estaba presente, aguardando, acompañando, preparada para hacer nacer a Cristo de nuevo en medio de los hombres. Pensaba en todo lo que vivimos el domingo pasado en la Coronación de María en el Santuario. Allí Ella se manifiesta como nuestra Reina y nos da la paz. El Santuario se convierte en lugar de encuentro con Dios y con María. Una persona comentaba su experiencia en el Santuario: *«Cuando abro la puerta me suele ocurrir algo curioso, y es que siempre pienso que el santuario va a estar vacío. Cuando no lo está, me extraña. Me he dado cuenta que es una sensación que también experimento cuando subo a una montaña y contemplo un paisaje maravilloso, que nadie parece haber pisado jamás. Es una sensación de paz, de silencio, de calma interior. Ahí arriba uno no se encuentra a nadie, y si se topa con alguien se sorprende».* En ese silencio del Santuario, en presencia de Dios eucaristía, **está nuestra Madre, y están todos aquellos que llevamos en el corazón.**

⁵ Raúl de la Rosa, “El ermitaño que veía películas de Hollywood”, 220